

Vida cotidiana en la comunidad de Chachapoyas.

Neill Moises Roman Robles¹

Román R., Neil M. Vida cotidiana en la comunidad de Chachapoyas. Revista Peruana Enferm. investig. desarro. 2003, enero–diciembre 5(1-2): 90- 93.

El presente trabajo es un ensayo en el marco de la exigencias del curso “salud y sociedad” del programa de maestría en salud pública con mención en Gerencia y Políticas Sociales. Las fuentes empíricas del ensayo es un clásico ejemplo de la observación no estructurada que se orienta a la construcción del saber desde la interculturalidad de la población. El autor parte desde un enfoque de que la salud es una construcción simbólica que la población implanta en su cotidianeidad, la fineza y exquisitez con la que el autor destaca la descripción y la agudeza observacional es la razón principal de incluir este trabajo en esta publicación, además del homenaje póstumo al uno de sus más destacados alumnos que la Sección de Postgrado en y la Escuela de Postgrado ha tenido en Neill Moisés Román Robles.

Palabras clave: Cotidianeidad, cultura y salud

INTRODUCCIÓN

El canto de los gallos anuncia la próxima aparición del rey, el sol, sus primeros rayos descubren el velo que la noche desplegó sobre la ciudad, Chachapoyas, fundada el 05 de Setiembre de 1538 por el capitán don Alonso de Alvarado, es una de las ciudades más antiguas del Perú, fue y sigue siendo una de las más olvidadas por el centralismo limeño y los gobiernos de turno. El resplandor se proyecta primero sobre la famosa peña blanca y sobre ella la brillante luz deja ver las casitas embadurnadas con arcilla y techo de calamina del asentamiento humano Santo Toribio de Mongrovejo. A medida que la luz desciende puede observarse el colorado, cerro que toma el nombre de su color y en cuya ladera los sábados se congregan los amantes del fulbito, quienes después de sudar y pintar de rojo su colorida indumentaria terminan mojando las secas gargantas con agua dorada en alguna cantina cercana o en las cebicherías del centro

de la ciudad. Los minutos pasan y el sol asciende para iluminar la misteriosa fuente cuyana, de donde brotó el agua por la acción milagrosa de aquel a quien Dios otorgo la santidad, el arzobispo viajero Toribio de Mongrovejo, para saciar la sed de los pobladores luyaurquinos, estas aguas quedaron desde entonces benditas por siempre y quien las tome jamás dejará esta tierra.

El sol cada vez más alto nos presenta las fachadas albas, techos rojos ennegrecidos y las puertas, portones y balcones caobas de las casas todavía adormecidas. Poco a poco se abren las puertas y madrugadoras señoras se desperezan escoba en mano y limpian sus veredas al compás de las barredoras municipales que se encargan de las calzadas desde antes que los gallos despierten al sol.

Las calles silenciosas ven pasar envueltas en su paño negro y con la canasta al brazo a atentas señoras, que raudamente se dirigen

¹ Medico Cirujano, Estudios de Maestría en Salud Pública con Mención en Gerencia y Políticas Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo. In memoriam al cumplirse un año de su sensible partida.

hacia el mercado central, en donde el silencio va dando paso al chillar de las puertas, al rasgar de las mesas sobre el frío cemento y al cuchicheo de los chismes recientes. Se abren las canastas cubiertas de impecable tocuyo blanco sobre las mesas y dejan sentir el olor de los panes recién horneados, las canastas con plástico azul dejan ver por algún costado las lechugas y otras verduras húmedas aun por el rocío.

La ciudad hace rato que dejó su silencio, blancos vehículos con franjas celestes, verdes y rojas van poblando sus calles, y en el interior van las poco madrugadoras comerciantes del mercado, en la puerta se estacionan en desorden, mientras un insistente policía municipal con brillante uniforme azul, hace sonar el silbato.

El café impregna con su aroma las cocinas de las casas, mientras la niña vestida con el viejo uniforme gris va corriendo por el fresco pan, que pronto desaparecerá de la canasta, sobre la mesa una prensa de queso y un plato de tamales esperan acompañar al café y pan en su viaje al vacío estómago. En la empetrolada sala el maletín con los libros y cuadernos es levantado bruscamente cuando otra niña con similar uniforme grita desde la puerta el nombre de la dueña de tan sabio equipaje. Los tradicionales colegios San Juan de La Libertad, Seminario de Jesús María, Virgen Asunta, Isabel Lynch de Rubio y Miguel Rubio y los de reciente creación ansían engullir la marea gris-blanca juvenil que rápidamente se acerca sorteando la embestida de los imprudentes blancos vehículos.

Palas, picos, martillos, combas, carretillas, marchan rumbo al nacimiento de una nueva casa transportadas por músculos obreros, que sonrientes y atentos saludan a los viejos

amigos, unos pasos más y brota la carcajada por las bromas referidas a los vencidos del cañazo que tendidos en la vereda esperan que el sueño con su magia divina los recupere para poder brindar por un día más de maceración.

Se acerca las 08 de la mañana y un tenso encorbatado burócrata pasa presuroso desconociendo incluso al amigo con quien el fin de semana acompañaron a dulces paisanas a la obligada tecnocumbiesca sesión de baile en la trasnochadora pista del “salonazo”. Su perfumada compañera de trabajo con el delineador que pelea por evitar un irregular trazo sobre los párpados, se transporta dentro del peculiar “taxi chacha”.

Sobre las veredas atentos caballeros y educadas damas que no olvidan el ademán de la cabeza y la mano al saludar, observan con la inquietud del astrónomo a los inquilinos de la vía, mientras las puertas que abren de espaldas dejan ver los productos que más tarde cambiarán de residencia a cambio de algunos arrugados billetes.

Un vehículo verde adornado con circulina roja y verde, y vidrios polarizados se detiene bruscamente, los vidrios laterales han sido ocultados para permitirnos ver a adustos policías enfundados en el recién planchado uniforme, cinco metros adelante la amarilla compactadora municipal engulle con avidez el contenido que cajas, bolsas o modernos basureros dejan caer en su sucia boca por acción de laboriosos pero mal protegidos operarios que reciben la poca grata carga de malgeniadas señoras o de vergonzosas señoritas. El coche verde se desespera y expresa su malestar emitiendo al aire el agudo chillido de su sirena, dos taxis apurados que se sumaron a la cola se solidarizan y hacen rugir sus bocinas, el paciente chofer

municipal avanza lentamente su pesado vehículo lo pega a la derecha y los impacientes y mecanizados móviles pasan por la izquierda y se alejan en silencio.

La plaza mayor ya ha cobrado vida, las puertas de los negocios están abiertas, la iglesia catedral es la única cerrada como queriendo ocultar la vergüenza de ser la verruga en el rostro de la doncella, no entiende aún que quienes hoy critican su rara belleza importada, fueron quienes destruyeron la belleza autóctona e inmaculada de la vieja catedral. Casi al frente el palacio municipal se presenta sonriente luego de haber recuperado su clásico rostro aunque retocado.

En las bancas de la plaza, octogenarios ciudadanos observan las jóvenes pasar y recuerdan las frescas sombras de los árboles ausentes, en la planta baja del palacio municipal una cola humana avanza lentamente como serpiente al acecho, no han reaparecido las colas de la leche o el aceite, son clientes del único banco privado.

El centro de la plaza es testigo de cómo dos rubios turistas deciden algo, un emprendedor lustrabotas se acerca y ofrece sus servicios insistentemente aunque los del verbo extraño no entienden o fingen no entender. En una de las esquinas una coqueta adolescente busca convencer con la sonrisa que la parrillada del sábado cuya tarjeta intenta endosar será mejor que la anterior. El lustrabotas se retira derrotado, la posta la asume el fotógrafo que fingiendo arreglar su cámara se había detenido a 10 metros, los fores lo asustan enseñando una Nikon con teleobjetivo.

El sol ya paso el centro de la esfera, los transeúntes buscan protección, peligro de avalancha, el Jirón Amazonas es su trayecto, en las primeras cuadras ya se evidencia la

mancha gris, las laterales contribuyen a aumentar el volumen, el ruido aumenta, la avalancha llego a la plaza y rapidamente cual delta se dispersa hacia las esquinas, en pocos minutos los alumnos elementos formadores de la riada han desaparecido, el hambre voraz generado por la inyección de conocimientos los impulsa a sus domicilios. Las madres presurosas sirven la clásica sopa de res o el loco de frejol, para complementar con el asado de carne o el estofado de pollo según hayan preparado.

Los comerciantes que no pudieron cerrar sus negocios antes del huayco escolar, terminan de asegurar sus puertas y al igual que los jóvenes, el voraz hambre y la recuperadora siesta de tres horas esperan.

Las cuatro de la tarde, la antigua iglesia de la buena muerte ubicada en la Plazuela de Belén, hoy convertida en parque infantil, ha abierto sus puertas, una procesión que acompaña un féretro ingresa, los acompañantes con negra vestimenta y lagrimas en los ojos depositan el cajón frente al altar y al son de cánticos se desarrolla la misa. Al finalizar los amigos y familiares pugnan por tener sobre el hombro a tan penosa carga. El difunto es trasladado a pie y en el campo santo tras breves palabras que resumen la vida y obra se procede al doloroso entierro; en la puerta los dolientes insisten en ser acompañados hasta su domicilio en donde ya esperan servidas las copas de vino dulce, el café colado y el enrollado de carne con humitas.

La noche terminó de cubrir con su velo a la ciudad, pero ésta aún no se duerme, ya empiezan a constituirse los participantes de una peculiar actividad deportiva, las vueltas a la plaza mayor, los deportistas portan la ropa de uso diario, aunque con una protección

adicional para el frío, se camina en grupos alineados en filas, se puede recorrer indistintamente en el sentido o en contra de las manecillas del reloj, cuando se encuentra al grupo que viene en sentido contrario se saluda si son conocidos y si son del sexo opuesto se invita a acoplarse hasta que el calor del cuerpo señale que es hora de trasladarse a la discoteca, o si la fe católica es más fuerte existe otro destino, la Capilla de la Virgen Asunta, santa patrona importada del vecino país norteño cuyos milagros al parecer fueron más convincentes que los del antiguo patrón fundador, San Juan Bautista, pero no sólo esperan allí los cánticos y oraciones, al finalizar se servirá un cocktail de leche, café y dependiendo de lo que se haya servido en los días previos, acompañara una humita, “juanes”, tamales, o los no tradicionales “sandwichs” de pollo.

Las once de la noche, la ciudad empieza a dormirse, se torna silenciosa y vacía, la plaza ve pasar a quienes retornan a sus domicilios cansados por la agotadora y productiva jornada. La capilla de la virgen hace una hora que cerró sus puertas, en las discotecas sólo quedan los más cumplidos y disciplinados asistentes.

Chachapoyas ya casi está dormida, en una calle un patrullero se dispone a descansar se estaciona, apaga sus luces, y sus ocupantes apoyan las cabezas en los costados al tiempo que cierran los ojos. En la esquina dos alcoholizados ex amigos empiezan a regalar patadas y puñetes, no constituye motivo para suspender el reposo. En la plaza mayor una puerta permanece abierta, colgando de ella una pizarra que anuncia el noctámbulo caldo de pollo, energizante alimento que contrarresta los efectos de la bebida favorita de baco. El local tiene algunos silenciosos y

vacilantes concurrentes, que luego de la ingesta revitalizadora se despiden y retiran con paso coreico.

El caldo se acabó, las mesas no tienen ocupantes, la puerta se cierra, la fidelísima se ha quedado dormida.